

circunstancias para su propia defensa. Astilleros en el Amur, fundaciones en el Little Khingan, duplicación del área cultivada en 5 años y una población dinámica, son los factores con que ellos cuentan en el lejano Oriente. Interna y exteriormente el Japón se ha extralimitado en el Manchukuo, haciendo soportar a su población —chinos, mongoles y algunos coreanos— un estado capitalista a base del campesinado feudal, de artesanos obligados a trabajar por contrato y de “las mujeres más esclavas del mundo”, según las califica un hindú nacionalista. Exteriormente el Japón se extiende en un gran imperio manchuriano, el que después de tres años de “**pacificación**” engendra 150,000 guerrilleros. No puede el Japón decir, como el Soviet, que el tiempo trabaja a su favor. El tiempo está forzando a la China a modernizar su industrialización, y al fin y al cabo formará una unidad nacional que será mortal para los invasores. El Japón ha llegado tarde para construir un gran imperio, pues las masas a las cuales explota no están más atrasadas que los mismos japoneses. La expansión china tendrá con el tiempo que echar fuera de su territorio a cualquier invasor que no haya sabido captarse su amistad. Hasta ahora el Japón no ha inspirado confianza debido a su conducta.

La expansión soviética hacia el Lejano Oriente es, por el contrario, de una táctica distinta. Mientras las tropas japonesas están en lucha constante con los campesinos del Manchukuo, los campesinos del Soviet están identificados con su ejército rojo por cientos de lazos de mutua ayuda. Los colonizadores del Soviet utilizan el ejército para transportes de emergencia, poniéndose en contacto con los elementos militares, combinando la estrategia con la construcción de caminos y con la economía. Los agricultores solicitan la cooperación del ejército para la siembra de granos; y si en la época de la cosecha éstos son insuficientes, los soldados suplen lo que falta. El ejército rojo es útil como puede verse, a los colonizadores en el territorio soviético, mientras que el ejército japonés aterroriza y diezma en el Manchukuo.

Los ciudadanos soviéticos tratan al ejército rojo como a “**su propio ejército**”. Si solicitan su ayuda, procuran darle ayuda en recompensa. En una venta particular de libros en el Lejano Oriente Soviético yo encontré textos acerca de cuestiones militares, tanques, sistemas de artillería, “tácticas de campo del ejército japonés”. Libros voluminosos con muchos diagramas y cálculos. Al investigar si estos libros eran para los comandantes del ejército rojo, se me respondió: “Muchos de nuestros campesinos estudian estos libros”. Pensé entonces, por contraste, en la cantidad de analfabetas campesinos que hay en Manchukuo. En un pequeño taller en donde se hacen carretas para el Lejano Oriente, noté que todas estaban hechas por un mismo modelo. “Modelo del Ejército”, dijeron ellos con orgullo. “Un tipo para toda la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”. Todos nuestros campesinos exigen este modelo: ¿Por qué? Es un modelo ya experimentado y, además..., ¡servirá de mucho! — gruñó el Director.

En vez de una población que se desgarran por conflictos internos, como se ve en Manchukuo, al otro lado de la frontera del Soviet hay una población civil consciente y amoldándose para su defensa, estudiando tácticas modernas, comprando carros para las fincas, los que pueden convertirse en vagones para el ejército rojo; en otras palabras, una nación de campesinos armados. Pero ésta es sólo la mitad de la razón por la cual tiene confianza el Soviet. La otra mitad, más fundamental aún que la esbozada, es la política nacional del Soviet. La población soviética en el Oriente es ochenta por ciento rusa y ucraniana, pero también la forman gran número de mongoles, coreanos y chinos. Estas conglomeraciones de nacionalidades tienen escuelas en sus propias lenguas, así como municipios o gobiernos territoriales en relación con el número de habitantes. Son ciudadanos soviéticos; aprenden a manejar tractores soviéticos; prestan servicio en el ejército rojo; y se les enseña asiduamente, desde el punto de vista del Soviet, en qué consiste la explotación de sus compañeros por los imperialismos del mundo.

Si la guerra estallara en el Oriente, entre la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y el Japón, las tácticas de las fuerzas rusas saltan a la vista como arrolladoras, para cualquiera que recuerde sus tradiciones revolucionarias, su entrenamiento marxista y el hecho de ser el ejército más altamente mecanizado del mundo. La guerra comenzaría en el aire, donde el Soviet sabe que es superior a los japoneses, pero con el tiempo los combates se librarían en tierra. En tierra las tácticas del ejército rojo del Soviet irían inflamando, armando y dirigiendo la revolución a través del Asia. Los 100,000 manchurianos, quienes ahora pelean contra el Japón con armas que ellos roban a ese mismo ejército, crecerían a muchos cientos de miles. Los habitantes de Corea, anulados durante largo tiempo, serían agitados por coreanos armados por el ejército rojo, propagandizando igual ciudadanía bajo el Soviet. Y los campesinos mongoles serían sorprendidos por los mongoles soviéticos al hablarles de **emancipación con el rifle en la mano**.

Tal guerra vendría a ser inevitablemente una guerra mundial, pues no se detendría hasta que barriese a través de China, hasta encontrarse con la China Soviética del Sur, la cual se extiende ya hasta las fronteras de la India. Los Soviets no dependen de fuerzas militares como los japoneses, sino de fuerzas económicas en pueblos hambrientos del Asia. Dependen, pues, de su propia habilidad para librar aquellos hambrientos, y no precisamente como lo hacen las naciones imperialistas.

Si a pesar de su confianza el Soviet trata de evitar la guerra, es porque cree que el mismo resultado puede obtenerse con menos derramamiento de sangre, por **medio de la descomposición del capitalismo en el Este y por medio de las revoluciones que se levanten contra un régimen que ya se desmorona**.

El presidente Carías se receta siete años más de gobierno en Honduras

Siguiendo la fórmula del General Jorge Ubico, su compañero de armas guatemalteco, el General Tiburcio Carías Andino, de Honduras, se ha recetado siete años más de presidencia. Con ambas reelecciones se viola la ley y se violan los famosos Tratados de Washington, que para los dos países están todavía en vigencia. Pero como Carías y Ubico son servidores de la Casa Blanca y testaferros de las grandes compañías fruteras norteamericanas, no hay temor de “diplomática intervención” en contra suya. Explicado queda, entonces, que ni uno ni el otro seguirán en el poder para hacer una labor, siquiera superficial, de mejoramiento social y económico. Con el bastón se quedan para que sus pueblos continúen siendo explotados por el conquistador de afuera, por el capitalista criollo y por los políticos de tropical voracidad. O en frases de Quevedo, para nivelarse “con aquella señoría que mando y palo tenía”.

Damos a continuación el texto del decreto reeleccionista, aprobado por la Honorable Asamblea Constituyente de la República de Honduras, el 24 de marzo en curso:

TEGUCIGALPA, marzo, 25. — La Asamblea Constituyente aprobó ayer el último artículo y el cuerpo completo de la nueva Constitución de Honduras. Dicha Asamblea emitió hoy un decreto por el cual el Presidente de la República, Tiburcio Carías Andino, y el Vicepresidente, Abraham Williams, continuarán en el ejercicio de sus cargos hasta enero de 1943; es decir, por siete años más, pues debían entregar el poder en febrero del año entrante, al expirar el período para el que fueron electos en 1932”.